



Deportes

1018393

R00 254720

COLUMNA

Artaud

No podría decir, con la certeza de las últimas verdades, que esta que habla es mi propia voz, que estas palabras son mías y de nadie más, como tampoco me atrevería a decir que lo que me tocó vivir fue realmente mi vida. Acaso nuestra existencia no es más que una ficción, una sucesión de momentos inventados. Y entonces me viene la imagen de esa noche épica en la cancha de José Arrica, con dos goles del Muñoz Rossi; y esa tarde de gasp en la San Gregorio, de donde volvimos con la Copa y cinco heridos a cuchilla. Recuerdo esos episodios de manera vivida, como ahora recuerdo a Artaud, a Damián Domingo Artaud.

Lo voy ordenando el pelo centicento con la palma de la mano, ajustándose el mulo de la corbata, siempre negra, clavando su mirada en un punto indecifrable del horizonte. Nos dirigió en esas temporadas memorables de fines de los setenta, cuando ignorábamos la gloria como el analfabeto puede desconocer la existencia de Kint Haman. Y nos convirtió en otros, en héroes de nuestros días.

"Somos el éxito que soñamos y los fracasos que hemos olvidado. Somos del tamaño de nuestra ambición, de nuestro orgullo, de nuestra dignidad", nos dijo el día que conseguimos el primer título. Y aunque la mayoría no comprendimos el verdadero significado de esas palabras, supimos que era la frase más importante que alguien nos había dicho en toda la vida.

Cuando digo que nos convertimos en otros, lo digo no sólo por lo que hicimos dentro de una cancha de fútbol. El ciego Quiroz decía que el maestro, porque así lo llamábamos, nos había abierto los ojos, y todo aquello que antes había sido una nebulosa, un vacío insondable, comenzó a tomar formas. Machuca encontró una novia, a pesar de su fealdad profunda e irreversitable, los hermanos Bermúdez sacaron adelante la fábrica de calcetines de sus abuelos que estaba condenada a la bancarrota, y hasta el Jilguero Gatica, que tenía una voz quebrada y aguda, consiguió hacer una incipiente carrera en el círculo de la balada romántica.

¿Cuánto de esos talentos, de esa manera de encarar la vida, nos pertenecía a nosotros y cuánto era obra de Damián Domingo Artaud? ¿Hubiéramos sido capaces de llegar a ser lo que fuimos sin su mediación? Como haya sido, siempre estuvimos



Marcelo Simonetti

Periodista y escritor

Como desmentir esa admiración intensa que sentía por él, casi tan grande como el cariño que me profesaba.

agradecidos y el segundo año que campeonamos lo llevamos en andas por las seis cuerdas que separaban la cancha de la sede del club, mientras él trataba de mantener la compostura y el equilibrio, entre sonrisas y gestos nerviosos, con su corbata correctamente anudada, con el peinado impecable.

Yo me gané su amistad, o al menos, así lo interpreté en su momento. Me hizo capitán y por las tardes nos juntábamos en el café de Luis y nos sumergíamos en largas conversaciones. A veces me desconocía a mí mismo, porque no era yo el que hablaba, porque iba hilando las palabras a la manera del propio Damián Domingo Artaud. Y ahora que lo recuerdo debo confesar que me agradaba profundamente. Como desmentir esa admiración intensa que sentía por él, casi tan grande como el cariño que me profesaba.

Un día nos anunció que se veían tiempos difíciles, que dudaban de lo que habíamos hecho, que nos dirían que éramos un invento, que no le habíamos ganado a nadie, que no existíamos, que incluso iban a atacarlo a él, que no tenía talento, que era un mediocre. Nada hacía presagiar ese futuro que él adivinaba. "¿Por qué nos dice estas cosas?", nos preguntábamos. Y, sin embargo, cada una de las cosas que anunció que pasarían ocurrieron.



Entonces, vinieron algunos hechos que me hicieron dudar. No de él, sino de la vida que nos había tocado en suerte. En la cancha, tuvimos dos años decepcionantes, salvándonos del descenso en las últimas fechas. Y aunque luego volvimos a conseguir una nueva estrella, ya nada volvió a ser igual. Lo que más me perturbó fue cómo el destino fue presentándose, convirtiéndose en un hombre frío, ambicioso, que no dudó en emigrar a otro club cuando la dama de pesos hizo un poquito baile ante mis ojos. Despedíle mi vida buscando una fama misera, falsa, que no me condujo a ningún lado. Me

equiviqué una y mil veces y esos fracasos me llevaron a buscar refugio en los bares, en las barras solitarias y, finalmente, en las paredes grises del cuarto de una vieja pensión.

Regresé al club que me vio nacer. Ya acabado, sin sueños. Cuando volví a vestir esa camiseta, a rayas blancas y rojas, sentí algo parecido a un estremecimiento. No era alegría ni nostalgia ni nada que se le pareciera. Sólo un estremecimiento. El mismo que me visitó por las noches cuando me acuerdo de Damián Domingo Artaud, cuando la idea que me viene persiguiendo desde hace años cobra fuerza y me ilu-

mina. Porque tengo la certeza de que todo esto estaba escrito o se está escribiendo. E imagino a Artaud del otro lado de la ventana de un hotel tecleando con fuerza una Underwood descañonada, mientras escribe esta misma escena, mientras mira una vieja foto de un equipo con camiseta a franjas donde yo no aparecí, y pone en mi boca estas palabras.

Lo único que me consuela es que de seguro él no será el único que imagina, que habrá otro hombre, en otra plaza de hotel, que lo estará imaginando a él, con su corbata negra y el cabello centicento, mientras acaba esta historia.

Artaud [artículo] Marcelo Simonetti.

AUTORÍA

Simonetti, Marcelo, 1966-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2011

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Artaud [artículo] Marcelo Simonetti.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile